

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.— Dos idem, de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.— Dos idem del ALMANAQUE PARA TODOS, por Villabrilie. En el número próximo la continuación de todas estas obras.

BATALLA NAVAL DE LEPANTO.

I.

Don Juan de Austria, á quien han colocado sus altos hechos en el rango de los capitanes mas grandes de su siglo, era hijo natural del emperador Carlos V, nacido en Ratisbona en el año de 1546; fué criado en secreto y educado hasta la edad de catorce años por Luis Quijada, confidente del emperador, y mayordomo mayor de palacio. Poco antes de morir este monarca, reveló á Felipe II su hijo y sucesor, el nacimiento de don Juan que fué confinado á un monasterio, y allí por orden del rey se le dió la educacion mas brillante, haciéndosele aprender con particular esmero el arte de la guerra.

Queriendo el severo monarca experimentar los talentos del joven principe, le dió en 1570 el mando de un ejército, que se veia obligado á mandar á Granada para contener la rebelion de los moriscos, y con los triunfos que allí alcanzó don Juan, se atrajo las miradas de moros y cristianos.

Al año siguiente lo puso Felipe II á la cabeza de la flota que acaba de armar, de acuerdo con el papa Pio V y los venecianos, con el fin de poner término á la insolencia de los turcos que habian escogido el Mediterráneo para teatro de sus piraterias. Aquella flota, cuyo general apenas contaba veinte y cinco años, debía dar la célebre batalla de Lepanto, elevando hasta el cielo la reputacion de don Juan, que se distinguió sucesivamente en Flandes y en la Italia, obteniendo el 31 de diciembre de 1577, su postrer triunfo peleando en las llanuras de Gemblon contra las tropas protestantes de los Países Bajos.

II.

Envidiosos los turcos del poder siempre creciente de la república veneciana, recorrian el Mediterráneo, quemando todos los buques cristianos que podian apresar, y destruyendo, des-

pues de saquearlas, todas las posesiones de la activa república.

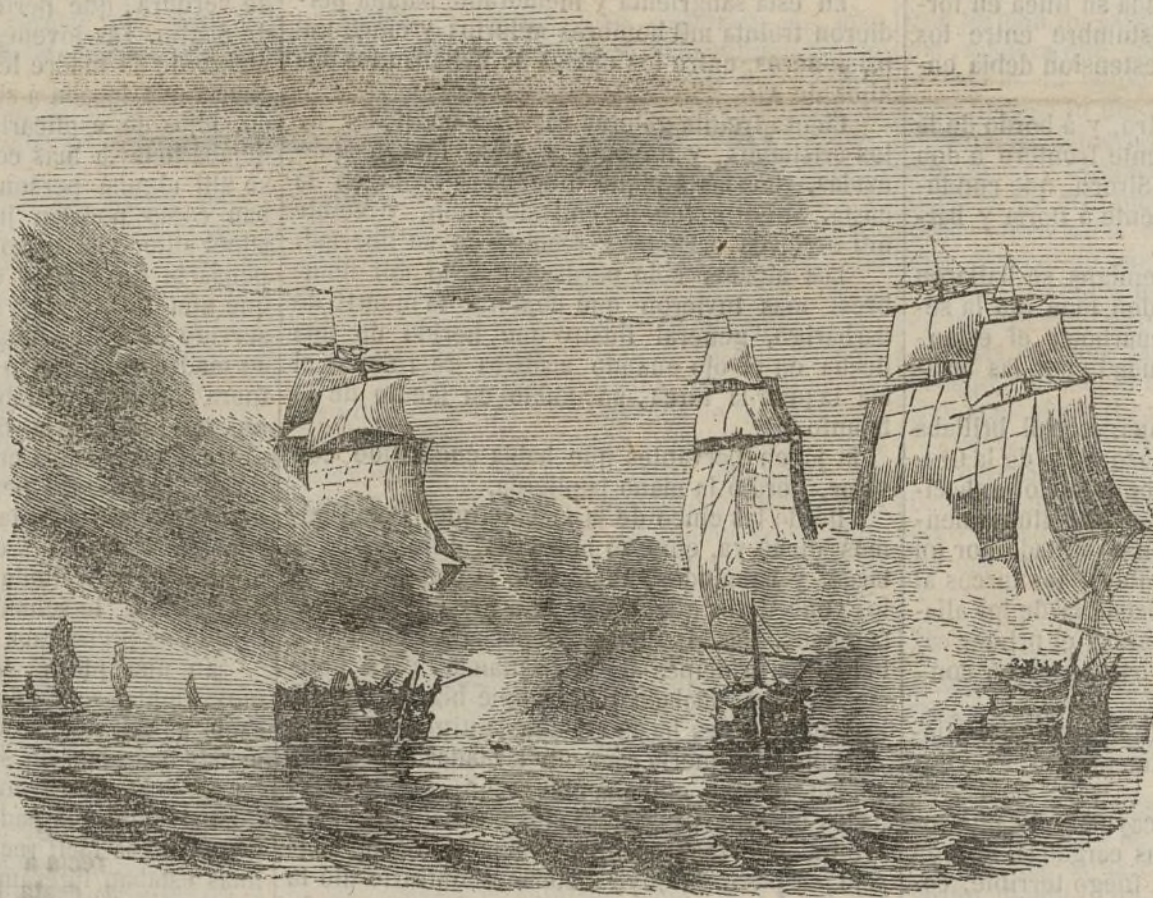
Una flota cristiana que salió del puerto de Alejandria á principios del mes de octubre del año de 1571 bogaba con todas las velas cargadas hacia la isla de Corfú ó sea la antigua Corcira (1).

Los pabellones de España, de la Santa Sede y de Venecia, enarbolados en la punta de los mástiles, anunciaban que los principes cristianos se reunian al fin para castigar á los infieles por sus continuas piraterias.

Aquella flota, compuesta de doscientas diez galeras, veinte y ocho buques de alto bordo y seis galeotas guarnecidas de artillería gruesa, era la que mandaba don Juan de Austria.

En torno suyo se agrupaban los hombres mas ilustres de España é Italia, viéndose entre los españoles á Luis de Requesens, presidente del consejo del principe; Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz y Juan de Córdoba, notables los tres por el brillo de su nacimiento y por su fama.

Entre los italianos se distinguia en primer término á Sforzia, conde de Santa-Flor; Andrés Doria y Pompeo Colonna, presentándose en segundo término Pablo Ursino, Gabriel Serbelloni, Vicente Vitelli y Pablo Sforzia, todos ellos conocidos ya por sus proezas.



Por último, Alejandro Farnesio, Pablo Jordan, de la ilustre casa de los Ursinos, y Francisco Maria de la Rovera acompañaban al sobrino del papa Pio V, que habia querido entrar en la carrera de las armas al lado de tan distinguidos campeones.

También se hallaba á bordo, confundido con los marineros castellanos, un soldado raso, que despues de sufrir toda la clase de tormentos, debía hacer eterno su nombre, y á quien el porvenir le reservaba la gloria, sin preservarle no obstante de los horrores de la miseria. Per-

(1) También fué conocida en la antigüedad con los nombres de Macria, Scheria, Ephisa, Ceraunia, Drepano y aun Argos.

dido en medio de aquella turba de grandes señores, altos dignatarios y valerosos guerreros, el oscuro soldado, el joven, no era otro, niños mios, que Miguel de Cervantes Saavedra, el inmortal autor de Don Quijote!

III

Mientras la flota cristiana surcaba el mar de Crissa, hoy golfo de Lepanto, la de los musulmanes estaba anclada en el mismo golfo, que se parece á un canal magnífico, y cuyo solo nombre moderno rivaliza en belleza y armonia con los antiguos nombres de la Grecia.

Desde la cima de las montañas, al pie de las cuales está edificado Corinto, podia ver el esclavo griego los buques de sus amos; pero sumergido en la tristeza y el abatimiento no admiraba las vastas llanuras que desde las murallas se estienden hasta el mar, ni los cipreses, morales y naranjos que embalsaman la campiña; ni las viñas cuyas cepas formaban á la sazón lindos festones de morados racimos que constituyen la riqueza de Corinto; ni aquel cielo que presta tanta animacion á la fértil llanura, sembrada de risueños caserios medio ocultos en

un bosque de frondosos y odoríferos arbolillos. ¿Qué importa todo eso al esclavo?... En valde al otro lado de ese mar, donde se mecen los buques osmanlis, se estiende su vista desde la ciudadela de Atenas al cabo de Colonna: en vano descubre al Norte y al Levante, por una parte el monte Oneyo, cubierto de mirtos y las poéticas cimas de Parnaso y de Helicon, mientras que por la otra divisas al Mediodia y al Poniente las montañas de la Argólida y de la Syconia que forman el paisaje mas bello del universo... ¡Griego degenerado olvida que su patria es hermosa todavia, como ha olvidado los nombres de Micale y Marathon, de Salamina y Platea!... Embrutecido con la esclavitud, no despertará sino algunos siglos mas tarde; á lo menos verá humillar en Lepanto á sus feroces opresores,

antes que en Navarino le devuelva la libertad el postrer combate. Otro dia, amables niños, os hablaremos de esta gran batalla dada en nuestros dias.

IV

Los buques de Selim II que parecia se hallaban adormidos sobre las tranquilas aguas del golfo, despiertan repentinamente, y la agitacion reina á bordo de toda la escuadra. Recogidas las anclas, izanse las velas y dividiéndose la flota se pone en movimiento.

Ali-Pachá que la mandaba, acababa de saber

que don Juan habiendo ya doblado la isla de Cephalonia marchaba á su encuentro, y aunque el gefe musulman tenia en tan mala opinion á la escuadra cristiana que no podia creer se aventurase á embestirle, aparejó para ir á recibirla; pero sobrevino la noche, y ancló en Galengo, mientras don Juan lo hacia entre Pelata y las islas Cursularias.

En la madrugada del dia siguiente, era el 7 de octubre, las dos escuadras aparejaron de nuevo, y navegando la una hacia la otra sin saberlo, al romper el dia se dieron vista no lejos del promontorio de Actium, parage en que Antonio y Augusto disputaron en otro tiempo el imperio del mundo.

Luego que don Juan divisó al enemigo, reunió su consejo, que casi por unanimidad fué de parecer que se debía evitar la batalla, pero el principe queria que se trabase al instante. Tenia á su bordo un astrólogo famoso, llamado Maurolico, y ora porque creyese en la astrologia, no obstante la superioridad de su talento, ora por que, y esto es lo mas probable, queria atraerse á sus consejeros obteniendo favorable respuesta, lo cierto es que consultó á Maurolico, el cual le predijo alcanzaria una victoria señalada, desde cuyo momento se decidió á dar la batalla.

Don Juan dividió sus fuerzas en cuatro cuerpos, poniendo á Andrés Doria al frente del ala derecha, que se componia de cincuenta y cuatro galeras; Agustín Barbarigo, con igual número de buques, se hallaba á la cabeza del ala izquierda; el hijo de Carlos V dirigió el cuerpo de batalla, fuerte de sesenta y un navios, y sesenta velas á las órdenes del marqués de Santa Cruz, formaban el cuerpo de reserva.

Apenas se habian tomado estas disposiciones, cuando la escuadra otomana, que constaba de doscientas galeras y cerca de sesenta fragatas ó bergantines, despues de doblar las islas Cursularias, se presentó casi en el mismo orden de batalla, y sin mas diferencia que no tener reserva. Por lo demas, encorbada su linea en forma de media luna, segun costumbre entre los turcos, parecia que por su estension debia envolver á los cristianos.

Ali-Pachá mandaba el centro, y á bordo de la capitana se hallaba directamente frontero á don Juan, mientras Lonchalicet y Siroch, que conducian las dos alas, tenian al frente á Doria y Barbarigo.

Luego que los buques enemigos se hallaron á doble distancia de cañon, don Juan dió la señal del combate, haciendo enarbolar el estandarte de Cristo, que fué saludado por las aclamaciones del ejército.

Erán las cinco de la mañana: el sol brillaba con vivo resplandor; el hermoso cielo de la Grecia no se hallaba empañado por la menor nubecilla, y los buques se deslizaban magestuosamente sobre el azulado mar, apenas agitado por un viento fresco y ligero. Favorable á los turcos al principio, empujaba su flota hacia la de los aliados; pero antes que se disparase el primer cañonazo habia cambiado, convirtiéndose en contrario para los musulmaes.

Aquel cambio inesperado fué para los cristianos un favor del cielo, aumentando su confianza.

Al fin las dos escuadras cayendo la una sobre la otra con todas las velas cargadas, dieron principio á la batalla con un fuego terrible, comunicándose en un instante la simultánea arremetida á toda la linea. Aquel primer choque fué espantoso: rotas las líneas, desaparecieron el orden y la simetria que los dos ejércitos presentaban un momento antes, y situados los buques tan cerca que casi se tocaban las vergas, se cubren con sus fuegos rápidos y cruzados: el hierro y el plomo atraviesan sus flancos; rasgan las velas, y rompen los mástiles, los cuales caen con horrible ruido, ahogando por un momento los dolientes ayes de los heridos y los moribundos: el mar se cubre de cadáveres y restos, y para aumentar el horror de aquella vasta escena de carniceria, un humo negro y espeso envuelve á los dos ejércitos, y en medio de las tinieblas que roban la luz al dia, turcos y cristianos combaten con un encarnizamiento y un frenesí que solo pueden inspirar el odio inveterado de dos religiones contrarias.

Hacia ya tres horas que duraba la lucha con igual ventaja, cuando habiéndose debilitado el fuego, pudo descubrir Barbarigo que el ala izquierda de los musulmanes se hallaba en desorden, y comenzaba á desmayar. El gefe cristiano redoblaba sus esfuerzos, y embiste á la galera de Siroch: el mahometano se defiende como un héroe; pero cae cubierto de heridas, y algunos minutos despues se va á pique su buque, desastre que pone en consternacion á las galeras que mandaba, las cuales toman la huida, procurando ganar la costa.

En el centro don Juan estaba empeñado con Ali-Pachá, y hacia mas de tres horas que los dos valientes guerreros luchaban con energia, habilidad y denuedo, sin ventaja conocida, cuando redobla el ardor de nuestros compatriotas la noticia de la derrota del ala izquierda enemiga. Animados tambien con la extraordinaria intrepidez de su gefe, disparan al enemigo la última andanada, oyéndose un grito terrible y precursor de la muerte: ¡al abordage! y la galera que monta Ali-Pachá es invadida por don Juan á la cabeza de sus valerosos soldados y en compañía de Veniere y Colonna. Entonces se traba un combate de gigantes en aquel punto estrecho y sangriento, y en vano resisten los infieles, pues son rechazados hasta el castillo de popa, donde se defienden como leones. Pero el bravo Ali cae acribillado á balazos y á cuchilladas, y apresada la galera, es derribado el estandarte de la media luna, viéndose el Cristo en el mástil de mesana.

Luego que fué visto, un grito de victoria resonó por toda la escuadra.

Doria, tan feliz como su general, acababa de derrotar completamente el ala derecha enemiga, cuyos restos huian desconcertados.

Desde aquel momento no fué un combate, si no una horrible carniceria, pues desanimados los osmanlis, y sin combatir ya, porque se lo impedian sus ideas sobre el fatalismo, se dejan degollar sin defenderse.

En esta sangrienta y memorable batalla perdieron treinta mil hombres muertos y cinco mil prisioneros, entre los cuales se hallaban los dos hijos de Ali.

Ciento treinta galeras cayeron en poder de los cristianos, y noventa y siete fueron quemadas, echadas á pique ó se estrellaron en la costa. El botin fué de consideracion, y veinte mil esclavos cristianos recobraron su libertad.

Los aliados solo perdieron ocho mil hombres: mas tuvieron que deplorar la muerte de Barbarigo, general ilustre que herido de una flecha en el ojo cuando acababa de romper el ala izquierda tarca, sucumbió en medio de su triunfo.

El jóven Cervantes que habia combatido con valor, perdió la mano izquierda.

Desde las cinco de la mañana que, como hemos dicho ya, empezó la batalla, duró hasta la tarde, y habiéndose alborotado la mar, tuvieron los vencedores que acogerse á los puertos mas cercanos. Desde ellos se despacharon correos á todos los principes de la cristiandad para noticiarles tan señalada victoria que hizo temblar á los musulmanes hasta en Constantinopla.

Don Juan queria caer sin tardanza sobre esta ciudad, porque opinaba con razon, que consternados los turcos y gobernados por Selim II, hombre imbécil, tendrian que sucumbir. Si su consejo, á pesar de cuyo dictámen contrario dió la batalla, no se hubiese opuesto al proyecto de don Juan, acaso hubiera éste librado á la Grecia del yugo y el hierro de los osmanlis.

Siete años despues, el 7 de octubre de 1578, aniversario de la batalla de Lepanto, don Juan de Austria, que apenas contaba treinta y tres años, acometido de repente de violentas convulsiones, espiraba en Bourges cerca de Namur.

La muerte prematura de este ilustre principe, y las circunstancias que la acompañaron, hicieron creer por mucho tiempo que lo habia envenenado Felipe II, envidioso de su gloria. Pero como semejantes conjeturas no se apoyan en pruebas y por otra parte hayan sido desmentidas, debemos rechazar con horror la sospecha de tan grave crimen, siquiera porque el mismo á quien se atribuye era hermano de la victima.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

ROSA.

(Conclusion).

Pero en este dia las dos hermanas no pudieron hacer nada con concierto. Asi es que al momento abandonaron su piano y su paleta, y fueron á preguntar á los criados dónde estaba Fernando. Supieron que no habia salido de casa, y no encontrándolo en su cuarto, creyeron que no podia estar mas que en el parque, á donde se dirigieron recorriéndolo á la ventura.

En lugar de su hermano, vieron á Rosa, que iba á desaparecer al fin de una de las calles de árboles que salian al campo. La llamaron; pero la jóven no las oyó sin duda, puesto que sin volver la cabeza, desapareció por la puerta del parque, cerrándola tras ella.

—¡Cosa rara! dijo Ana. Yo creí que Rosa estaria en el cuarto de mamá, no estando en el suyo. ¡Cómo me habia de figurar que la encontraríamos á estas horas sola, y saliendo del parque!... ¿Con que tambien tiene ella sus secretos?

—Secretos de ángel, sin duda, respondió Luisa: ¿qué otros quieres tú que tenga? Tal vez ha sabido alguna cosa desagradable de Fernando, cuando nada nos ha dicho... Ana, tu idea del duelo se me ocurre á mi tambien y me hace temblar. ¡Oh, Dios mio! corramos; vamos á alcanzar á Rosa.

Y las dos jóvenes echaron á correr precipitadamente en busca de su prima.

Cuando pasaron el dintel de la puerta pequeña del parque, se miraron una á otra asustadas de verse tan lejos de la casa, y no sabiendo además donde dirigirse para hallar á su amiga: entonces vieron una casita cubierta á modo de cabaña con una graciosa arquitectura: esta casita daba por un lado junto á un camino amurallado, y por otro á un hermoso llano todo alfombrado de verdura, que pertenecía al parque del conde de Saglio. Las jóvenes se acordaron de que este amigo de su madre les habia hablado de su lecheria que tocaba á su parque; pero este recuerdo, lejos de explicarles los pasos de Rosa, las dejaba todavia mas confusas. Temian encontrarse allí alguna persona conocida; y se preguntaban cómo podrian justificar el encontrarse en aquel sitio; y si acaso decian el motivo, ¿qué se pensaria de ellas y de Rosa? Se acordaron de que una jóven muy bien nacida, que les habia servido de aya, habia salido de la casa porque su madre se disgustó al saber que paseaba sola fuera del parque. Hablando de esto dieron algunos pasos hacia la cabaña, cuya puerta estaba entreabierta: Luisa miró maquinalmente á lo interior, que estaba perfectamente iluminado por una ventana que caia al parque del conde. De repente estrechó fuertemente el brazo de su hermana, y trémula de emocion, sin proferir una palabra, le señaló con el dedo el espectáculo que se presentaba á sus ojos.

En una pieza sencillamente amueblada y muy limpia, se veia una jóven recostada en una cama colgada con cortinas blancas. Las dos hermanas buscaban en su memoria quien era aquella persona, que recordaban haber visto en otro tiempo; pero sus padecimientos la desfiguraban, y no les era fácil reconocerla. Sus megillas pálidas estaban ligeramente encendidas por la fiebre, y sus labios de un color muy sonrosado, hacian resaltar mas la palidez de su rostro. La enferma sacó de la cama uno de sus brazos, y Rosa le tomó el pulso.

Mucho trabajo le costó á Ana retener un grito de sorpresa. Pero Luisa la hizo señas de que callase. Su amiga estaba muy seriamente ocupada para reparar en ellas, además de que éstas estaban en la parte mas oscura, y aun podian ocultarse cuando Rosa hacia algun movimiento volviendo el semblante hacia aquel punto. Nunca les habia parecido su prima mas bella que en aquel momento, en que con los acentos de la caridad dirigia á una enferma palabras de consuelo: y en efecto, la enferma, al escucharla, parecia reanimarse y volver á la vida.

Entró entonces una muchacha del campo. Rosa la siguió al extremo del cuarto: escribió algunas palabras sobre una hoja de su cartera,

que rompió despues para entregársela, y le dió ademas algunas monedas de plata. La enferma quiso pronunciar algunas palabras de gratitud; pero Rosa le puso el dedo en la boca, se acercó á ella, y besando su frente le dijo:

—¿A qué darme gracias, cuando eres tú la que me haces feliz? Ya sabes nuestro convenio, y no hay mas que llevarlo á cabo. Hasta mañana, le dijo Rosa, apretándola cariñosamente la mano.

—Hasta mañana, repitió la enferma con un acento que dejaba conocer que aquella era su única esperanza.

Mientras que Rosa se despedía, las jóvenes se retiraron precipitadamente, volvieron á su parque, cuya puerta habian dejado abierta: despues se quedaron de centinela detrás de ella, y cuando salió Rosa, cayó en los brazos de sus dos amigas, que la abrazaron con los ojos llenos de lágrimas, y le hicieron mil cariños, diciéndole á la vez mil ternuras.

—¿Qué es lo que me ha hecho merecedora de tanta felicidad, mis queridas hermanas?

—Te hemos visto, respondió Luisa: no te sonrojes: ¡ya sabia yo que eres un ángel!

—¿Curiosas! respondió Rosa mirándolas á ambas con confusion y ternura.

—¿Egoista! dijo Luisa: ¿no nos podias haber dado parte en tus buenas obras?

—¡Oh! es que es muy hermoso ocultarse para hacer el bien, dijo Ana.

—Mucho he sentido, dijo Rosa, tener un secreto para mis hermanas y para toda mi familia; pero vosotras me lo perdonais, ¿no es verdad?

—Yo soy el que no te perdona, dijo una voz que se oia detrás de las jóvenes.

Era la de Fernando que se presentó inesperadamente al lado de ellas.

—¿Cómo! ¿tú tambien? dijo Ana.

—¿Tú lo sabes? dijo Luisa, riéndose.

—Todo: respondió el joven con su acento que denotaba su alegría y felicidad. Mientras vosotras mirabais por la puerta, yo miraba por la ventana que está al otro lado de la cabaña, para lo cual me habia introducido en el parque del conde de Saglio. ¡Oh! en verdad que esto es horrible! Somos una familia de espías, ¿no es verdad, Rosa?

Dicho esto, su semblante se anubló de repente, palideció, clavó sus ojos en el suelo y le dijo con aire muy triste:

—Rosa, esta no es todavía mi mayor falta. Soy mas culpable de lo que puedes figurarte... he dudado de tí... he sospechado... no sé de qué... pero de todos modos no creí que la causa de este secreto fuese tan buena y tan santa. Acá en mis juicios te hice descender al nivel de esas muchachas frívolas, ligeras, disimuladas... y ademas de juzgarte mal, te he tratado todavía peor... He sido un insensato, y lo conozco. ¿Me perdonarás, Rosa, ó me darás la esperanza de perdonarme algun día?

Rosa le alargó la mano con una sonrisa angelical.

Fernando iba á continuar.

—Calla, le dijo Luisa, y deja á Rosa que nos cuente esta aventura. Ya que hemos descubierto lo principal, continuó, refiérenos la historia desde el principio, prima mia, y sácanos de la curiosidad, en que nos ha dejado este hallazgo.

—Es muy sencillo, dijo Rosa. Ya os acordareis de nuestra antigua aya, Maria. Yo le debia siempre un cariño particular, al que correspondia queriéndola tambien mucho. Despues que la despidió la marquesa, escribió con frecuencia á su nodriza, que como sabeis, es lechera, y vive en la cabaña del parque del conde: por esta buena muger tenia noticias de Maria: sabia que se encontraba en una situacion muy triste; pero como es algo orgullosa, no queria que lo supieseis: hacia ya cuatro años que se dedicaba á la costura; pero el disgusto, el mucho trabajo y una habitacion mal sana, la hicieron enfermar del pecho: tuvo que dejar de trabajar: y ya no la quedó mas recurso que acudir á su ama y á mí. Aconsejé á esta buena muger que la trajese aquí si era posible, obligándome yo á costearlo todo. Maria aceptó con la condicion de que el secreto quedase entre nosotras dos. Así que llegó, quise participarlo á mamá, pero ví que con esto le causaba un gran pesar á la pobre enferma, y he guardado algunos dias este secreto... ¿Me perdonareis, pues, ahora, hermanas mías?

Despues de abrazarse afectuosamente las tres lindas hermanas, llegaron todas, en union de Fernando, tan alegres y gozosos, que la marquesa no reconocia en ellos á sus hijos, poco antes tan cabizbajos y pensativos. Rosa era la única que llevaba aire de victima, aunque temia poco de los jueces ante quienes iba á comparecer. Una vez que entraron en la casa, refirieron á la marquesa cuanto habia ocurrido.

—Vé, ahí, hija mia, le dijo ésta, los inconvenientes que trae á una muger el ocultar sus acciones. Tus intenciones eran muy puras, y sin embargo, has podido comprometer tu buena opinion á los ojos de los estraños, y perder con ella tu felicidad y la de las personas que te aman. Por lo demas tu accion es muy santa y meritoria: y de hoy en adelante yo me encargo de continuar esta obra y de mejorar la suerte de la pobre Maria.

Rosa bajó la cabeza, algo confusa.

—Castigadla, padre mio, dijo Fernando al oido del marqués, poniendo en ejecucion los proyectos que me indicaba vd. ayer.

—¿Cómo! pues ¡si esta mañana no querias! le replicó su padre con aire burlon.

—Es que mi cabeza no estaba muy buena, de resultados de haber tenido algunos sueños muy inquietos durante la noche.

Todo el mundo estaba demasiado acorde en esta ocasion, para que se dilatase el final de la escena. El diplomático partió al dia siguiente, despues de haber fijado allí mismo para su próxima vuelta, es decir, para dentro de tres meses, la boda de Fernando y de Rosa.

MISCELANEA.

AL FONDO DEL OCCEANO.

(Continuacion).

Cuando el capitan Ross exploraba el mar Artico, arrojando la sonda á una profundidad de 6,000 pies, atrajo algunos animalillos vivientes. A una profundidad que escede de la medida de las montañas mas elevadas de nuestro globo, el agua está animada por una cantidad infinita de creaciones fosforescentes que, subiendo á la superficie del mar, brillan en cada ola, proyectando á lo lejos un surco de fuego. Se sabe que estos animalillos, por su multiplicidad y por su rápida descomposicion, hacen de las aguas, donde habitan, un fluido nutritivo para los gigantescos huéspedes del Occéano; pero tienen sus distintas estaciones y sus medios de locomocion, haciendo largos y rápidos viages. Corrientes desconocidas para el hombre, los llevan en grandes masas del polo al ecuador, y algunas veces de uno á otro polo. La ballena se ve obligada tambien á viajar para hallarlos, y corre el mar Artico hasta las Antillas, para seguir las medusas de que se alimenta. ¡Qué cosa tan estraña es esta ardiente marcha del gigante de los mares en persecucion de una especie de glóbulo viscoso, sin color, apenas perceptible!

Otros varios viages se operan, por diferentes causas, en el misterioso imperio de las aguas. Ellas son el elemento verdadero del movimiento, y en su seno se verifican emigraciones perpétuas de una á otra zona, porque ninguna otra especie de animales viaja tanto y tan regularmente como el pescado, y en ninguna parte se distingue mejor la estrecha relacion que existe entre las necesidades del hombre y los recursos que le suministra la previsora providencia. En otros tiempos, los primeros arenques que aparecian en las costas de Holanda se pagaban á peso de oro, y un noble del Japon gastaba un millar de ducados para procurarse algunos pescados, si el rey queria tenerlos, en el rigor del invierno, cuando estos habian abandonado las aguas de su imperio.

Ya aisladamente, ya en bandadas, los pescados andan errantes continuamente; la delicada sarga se marcha hácia el Sur: la fina, elegante sardina del Mediterráneo, se dirige en la primavera hácia el Oeste, despues vuelve al Este. El sollo de los mares del Norte, se arriesga á pasar á las largas riberas de nuestro continente:

tambien se le ha hallado en Alemania y hasta el pie de la famosa catedral de Strasburgo. Triangulares masas de salmónes remontan hacia las aguas septentrionales en legiones tan compactas, que algunas veces detienen el curso de las olas; y antes de su llegada, millones de arenques han abandonado estas mismas aguas, pero se ignora á donde marchan. Por la primavera aparecen, como islas flotantes de dos ó tres millas de latitud y de veinte ó treinta de longitud, formando una masa tan compacta, tan apretada, que muchas veces ni la sonda ni el harpon pueden penetrarlas. A pesar de que nadie es capaz de contar los que los tiburones devoran y tambien las aves de rapiña; á pesar de que es incalculable el número de los que perecen en las costas, todavía se salan muchos millones para el consumo del invierno.

Como todos saben, el mar oculta los mas prodigiosos animales, ballenas cinco veces mas grandes que el elefante, ese gigante de los animales terrestres, tortugas que pesan mas de mil libras. Alrededor de las maravillosas islas del Occéano Artico, cada año se pescan muchos millares de focas. En otros puntos se elevan del seno de las espumosas olas, pájaros monstruosos, cuyas guaridas no las han podido ver jamás los hombres, y cuyos pollucos se crían en ignotas playas; y es de admirar que se forman de generacion en generacion islas y montañas enteras con el escremento de una raza de pequeños pájaros.

El Occéano no solo encierra en sus olas montañas y llanuras, verdes praderas, arenosos desiertos y manantiales de agua dulce y pesca que de sus secretos surtidores saltan en el agua salada, sino que tiene ademas sus ricas florestas con sus pintados pájaros, sus vastos bosques, sus floridos jardines, sus paisajes mas estensos, mas imponentes que los de la tierra firme. Es cierto que en el interior de los mares no se han descubierto todavía mas que dos especies de algas ó de ovas; pero es tan grande su número, tan varias sus formas, tan brillantes sus colores, que forman un jardin encantador, y de la misma manera que las ramas de nuestros árboles se inclina al soplo de la brisa, se doblan y gimen al ímpetu del huracan, las plantas acuáticas resisten el esfuerzo de las olas que conmueven sus raices y desgarran sus hojas. Algunas veces perecen en esta lucha y se las ve flotar en espesos haces hácia remotas playas donde forman una especie de páramo impenetrable.

Las diferentes especies de ovas que se crían en el Occéano, tienen sus limites determinados. Algunas se unen tan fuertemente á su base, que cuando alguna ola impetuosa las levanta, arrastran tras sí las rocas á las cuales han ligado sus raices: la mayor parte de ellas se desarrollan á las cercanías de las costas, y rara vez se las halla á mas de cuarenta brazas de profundidad, pero nacen en todos los mares; y, cosa singular, las mas grandes son las de los mares Articos, habiendo algunas que no tienen menos de mil quinientos pies de longitud, que á veces cubren un dilatado espacio, apareciendo como verdes praderías sobre la sombra azul de los mares. Estas son las praderas que admiraban y esparataban al mismo tiempo á los primeros navegantes.

La mas considerable es la conocida con el nombre de lago de Sargosa, entre las Azores y las Antillas, de la cual se puede decir que es un jardin flotante, un jardin que tiene de ciento á trescientas millas de longitud y que se estiende sobre 25° de latitud. Colon empleó tres semanas mortales en salvar estas fabulosas praderas.

Cuando estas ovas se elevan á la superficie de las aguas, admira la bizarría y el lujo de sus formas, aunque en realidad no son mas que masas gelatinosas cubiertas de una especie de corteza lustrosa y divididas en ramages irregulares que terminan en hojas afiladas que se pueden comer. En el mar de Irlanda existe la ova de hojas abarquilladas, designada con el nombre de musgo de Carraghen, cuyo uso recomiendan los médicos para las afecciones del pecho. Otra especie de ova suministra á las golondrinas de los mares de la India, la materia de que forman sus famosos nidos. La ova de azúcar de los mares del Norte, es larga como la mano, delgada como un hilo y se estiende

una longitud de muchas millas; por medio de una preparacion se estrae de ella el azúcar á que debe su nombre.

En las heladas aguas de los mares antárticos, se encuentran ovas de mil pies de longitud, cuyo follage tiene tintas de púrpura y carmesí, y las ramas centrales de estas magnificas hojas están sostenidas por una especie de vejigas que las hacen flotar en la superficie de las aguas. En las islas Maluiñas existen otras ovas que se parecen á los manzanos: su tronco esparce ramas ahorquilladas y una gran cantidad de frutos; y sus raíces se enlazan á las rocas, mientras que sus largas hojas penden, como las de los sauces, sobre las borrascosas olas.

Además de esta innumerable variedad de ovas, existe todavía en el fondo del mar multitud de otros diferentes vegetales, largos líquenes porosos, yerbas purpúreas, espesas algas cuyo delicado ramaje está siempre en movimiento. Estas diversas plantas forman las florestas sub-marinas, y crecen confundidas en una apariencia de desordenes: aquí entrelazan sus ramas; allá se cierran en bóveda, abriendo bajo sus espesas hojas calles dilatadas. Algunas veces están tan apretadas que parecen un bosque impenetrable; otras veces hay entre ellas largos intervalos, donde las mas pequeñas aparecen como un acirrate de claveles, ostentando diferentes matices, segun los efectos de la luz que sobre ellas se proyecta.

Mirad estos estraños seres adormecidos en el fondo de su tenebrosa morada: observadlos y vereis que, lo mismo que las aguas, se mueven de repente, y como ellas se levantan semejantes

el dolor y por la sangre que corre de su herida, no puede desasirse de las ramas en medio de las cuales se ha arrojado y llega á ser presa de su implacable enemigo.

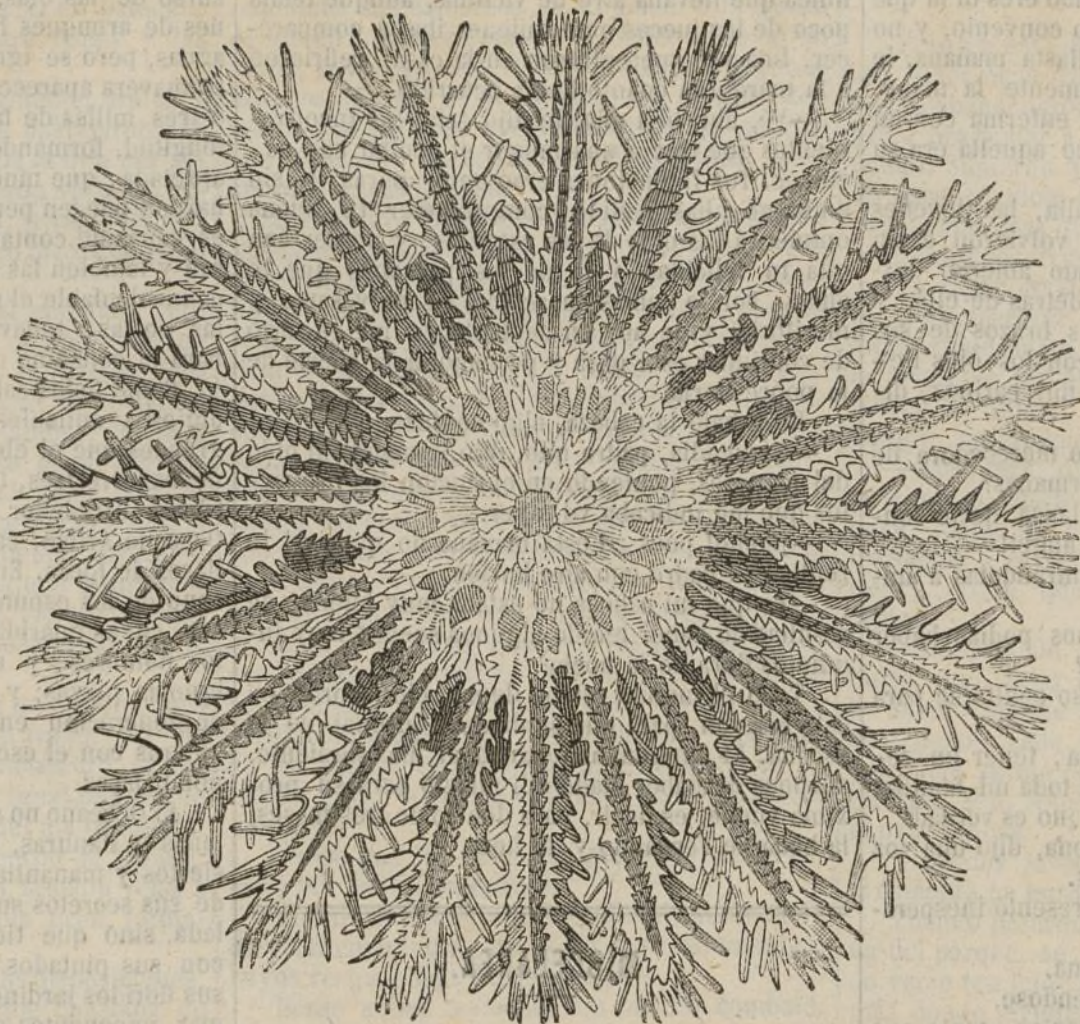
A algunas millas de distancia puede observarse una escena de diferente naturaleza: un banco de ostras cuya dulce quietud no turbanada. Estos voluptuosos moluscos, adormecidos en apariencia en sus conchas, viven por lo tanto una vida epicúrea. Estraño á los rumores del mundo, á sus ansiedades y á sus alegrías, indiferentes á sus pasiones y á sus tempestades, se concentran en sí mismos y saborean tranquilamente sus goces sensuales.

Hasta el Océano mismo mantiene su satisfacción, pues sin que tengan necesidad de moverse reciben su alimento de la ola que las baña. Cada partícula de agua que entra en contacto con sus delicadas agallas, renueva en ellas el aire, refresca y fortifica su trasparente sangre.

También se halla en el mar el coral, esa estraña produccion medio animal y medio vegetal. De el árbol calizo se eleva el pólipo, crece y produce otros seres como él: despues se sepulta en su celda cascajosa, en la cual nuevas

generaciones construirán otros nuevos pisos ó departamentos.

Así es como se desarrollan las ramas del coral. En la vegetacion de las superiores germina un animal viviente que tiene la forma exterior



Estrella de mar.

á islotes movibles. Un hambriento tiburón se acerca ó ellos lenta y traidoramente; sus miradas vidriosas espian una presa. El can marino, que es el primero que ve á este temible enemigo, se apresura á buscar un refugio en la flo-



Plantas sub-marinas.

ta. Curioso es sobre todo el aspecto de las ovas con su fantástico desarrollo, con sus galerías misteriosas cuyo bizarro follage no ilumina ni el sol ni la luna, ó con sus matices de oro y púrpura flotando en la superficie del agua; y este delicioso cuadro que se asemeja á un sueño, esta lujosa vegetacion del Océano, está animada por los moluscos de abigarrados colores, y por los pescados de lucientes escamas.

Una especie de caracoles ó babosas de diferentes formas se arrastran á lo largo de los troncos altos, mientras que los becerros marinos comen las tiernas hojas de estas plantas. Allá está la sirena fabulosa de los antiguos, el tiburón con sus ojos de plomo, el leopardo de los mares con sus espesas crines y la lenta tortuga.

resta, dando la señal de alarma á sus vecinos; y en un momento cambia el aspecto de la escena marítima. La ostra cierra precipitadamente su concha y se deja caer al fondo del agua: la tortuga oculta sus pies y su cabeza en la armadura con que la naturaleza la ha dotado: el pequeño pescado huye despavorido entre el ramaje de las plantas acuáticas; y el cangrejo se retira bajo sus raíces. Unicamente el joven é intrépido morsa, se vuelve hácia el monstruo voraz y le amenaza con sus agudos dientes. Uno y otro buscan la floresta para que les sirva de palenque; pero bien pronto el ágil tiburón consigue herir á su adversario. El desgraciado morsa trata entonces de retirarse á la espesura de los bosques para ocultar su agonía; pero ciego por

de una flor, y participa de su tinta brillante.

El pólipo nace á la vida en las piedras, despues se petrifica á su vez en el mismo sitio. ¡Qué de obras increíbles se ejecutan por estos activos zoofitos, por esos seres que palpitan y que vegetan, que son á la vez vegetales y animales! Ellos edifican castillos, cuya base reposa en el fondo del Océano, cuyos espirales se elevan de piso en piso por debajo de las olas, y cuyos muros están asegurados por cimientos como no se han visto ejemplares sobre nuestro globo.

(Se continuara.)

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8